

¡Diosito, pónmelos en su lugar!

Emiliano Pérez Cruz

Para Sergio Galindo

El mundo suena a hueco. En su corteza ha crecido el temor. Un hombre, a veces puede mirarse vivo. Pero el tiempo le quitará el orgullo y en su boca hará crecer el polvo, ese lenguaje que hablan todas las cosas.

José Emilio Pacheco.

C arajo, ¿cómo me fue a tocar? Ya no aguanto este encierro. Estoy peor que si me apañaran y refundieran en el frescobote. Cuatro días aquí entre cuatro paredes, sin poder salir por miedo a que me echen el guante. El administrador me ve sospechoso cada que bajo a comprar cigarros o a dejarle lo del hospedaje. Ya ni uñas tengo y los nudillos se me están pelando y ese puto Juanetitos no viene a visitarme, sabiendo que pa cualquier acostón o transa con las gordas, aquí estoy. Pero qué tal cuando llegó diciéndome no tengo chamba, mi Porfis, deme chanel de cobrador, soy vale, me cai que no se va arrepentir. Ai sí estuvo puestísimos, pero ora que está la bronca ésta, ni un lazo.

¡Me lleva! Cuatro días y ni una mosca se para por aquí y yo sin saber cómo fue el pedo, si de veras se voltió el camión y me llevé a un cristiano o se me afiguró, pero clarito vi que un bulto se me cruzó después de meter el fierro hasta'l fondo, por puro coraje: porque la patrulla me paró como de costumbre y los tiras no se conformaron con los veinte varos de rigor, querían más porque además del exceso de pasaje se me olvidó la licencia pa manejar; pero la pinche Pez tiene la culpa, quesque salirme ia mí! con un embarazo. No hay tos, neta, arrejuntaditos hubiéramos rentado otro cuartito en la vecindá, pa no molestar a mis carnalas. Se me hace gacho dejarlas de a soledá. Tantos años viviendo juntos y ellas viendo por mí y yo por ellas, desde que la Jefecita murió por una pulmonía atrabancada que no la dejó hasta llevársela a calacas. La Pita y la Julis quedaron bien chavitas, yo ya chambeaba, pero pus los treinta o cuarenta varos que ganaba como macuarro no dejaban ni pa maíz. Buena onda el Galván, me enseñó a manejar y se movilizó con unos de los de la línea pa que me aflojaran de

perdis un camión local. Pero hasta suertudo soy: luego luego me la dieron en los de primera, del Metro pa'cá y de retache. Pesadita la carga, hasta dos mil cristianos al día tenía que llevar y traer al Metro por una baba de lana; uno tiene que pedalearle con fe pa cumplir las vueltas de rigor y más o menos sacar la papa con las comisiones por boleto vendido.

¡Pero qué puta suerte la mía, me cai! Esa Pez tuvo la culpa. Pinche Pescada, por algo le pusieron así, por resbalosa; y yo tan güey, ya lo sabía y me fui a meter con ella. Qué friega. Como todavía no es mayor de edad, quería ponerse viva: dijo que yo era el mero mero papá de la criatura, que me hiciera cargo de ella, que si le respondía bien no habría bronca y que hasta seríamos rete felices. Casi le creí, pero todo mundo me previno: "Que no te quiera ver la cara, carnal: nosotros la vimos salir de un cinco letras con el doc del dispensario". "No sea güey, ese chavito que trai en la panza es hijo del pueblo, ¿a poco no sabías que le cambiaron lo de La Pescada por La Conasupo: al servicio del pueblo?"

Me clavaron la duda. Bueno, no me apuraba tanto la duda sino andar de boca en boca. Todos los de la línea conocen a la Pez y por eso me prevenían. Por mí no había cuete. Aunque no fuera mío el crío, lo aceptaría: veintiocho años, carajo, y ninguna chava quería arrejuntarse conmigo porque mis carnalas no les pasaban o porque yo les decía que estaban a mi cargo. ¿Cómo iba a botarlas así de fácil? La Pita de quince años y la Julis de catorce, apenas estudiando la secundaria y a la gacha botarlas, como que no va. Además, le juré a mi Jefecita que así como ella nos había criado al Peluche y a mí cosiendo, planchando, lavando ropa ajena y eso, pus así yo me iba a hacer cargo de las chavas. El Peluche ni en cuenta, con su mota y su cemento se la pasa chida, le vale sombrilla lo demás.

¡Vale verga, chingada madre! ¿Cómo me apendéjé? Debería darme de topes por ser tan güey, rajarme el coco en la pared, aventarme desde este pinche cuarto de hotel pa hacerme caca allá abajo y asustar a la gente y salpicarla con sangre. Esto del escondite hotelero no durará. El administrador se está apachurrando, ya no me quiere aquí; se las güele que traigo algo gordo. Por güey, me cai que por güey me van a apañar: el administrador sospechó desde que me vio entrar revolcado, con raspones en los codos y solo, a la hora en que todo mundo llega acompañado de una piruja cuando menos, después de los reventones en los cabaretes. Está cabrón. Y luego, tan tarugo, me encierro días y días, nomás comiendo tortas y fume y fume. Así cualquiera se las masca. Y eso que me hice pasar por un camionero de la Mercé, distribuidor de frutas. Esos se la pasan semanas enteras, encerrados con sus chavas hasta que les llega un nuevo cargamento. Lo bueno fue que me traje el dinero de la cuenta, si no qué amolada... Pero llegué sólo. Y volteando pa todos lados y ni color me di que la colilla me achicharraba los labios, hasta que él me dijo. Le pedí un

cuarto y como siempre, la hizo de emoción: que era viernes y todo lleno y nada de hospedaje, hasta que le solté los cincuenta varos. "Pásele, señor, está usted en su casa", me dijo pero no ocultaba sus dudas. ¡Se me hace que en la cara se nota que me llevé a un cristiano al otro mundo, o a varios! Sepa la bola, yo iba bien metido en el asunto de la Pescada. ¿Será mío o no el chavito que lleva en la panza? Es lo de menos, me cai, lo que yo quería era una chava que me aceptara con mis hermanas, ¿cómo las voy a dejar a la buena de Dios, tan chavalas?

La Pita es bien canija, no se deja dominar y dice que cuando tenga edad y se reciba de Doctora, la va hacer buena y yo no podré mandarla ni decirle lo que tiene que hacer y lo que no. La Julis es más buena onda, tranquila. Cuesta un güevo hacerla de papá pero ai la llevo. Pinche Pez y pinches lengualargas, ¿por qué no los mandé a la goma de una vez? No que por estar dándole vueltas al mismo asunto ora me lleva pifas; esta desesperación, carajo, éste no saber qué pasó, si realmente me llevé a algún cristiano y si hubo heridos entre los pasajeros. Yo nomás me acuerdo de algunas cosas. ¿Por qué soy tan cabeza dura, Diosito?

¿Cómo fue... cómo estuvo? ¿Se acabó de voltiar el camión o no? ¿En serio atropellé a alguien y por eso eché el carro sobre el camellón, o qué? Los pinchis periódicos que dejan por aquí las recamareras no dicen nada y me siento como marrano a punto de irse al otro mundo. ¿Por qué me dejé envolver por la Pez? A lo mejor ella ni tiene nada qué ver, fue mi acelere y el de los putos pasajeros, también.

Son una lacrita los pasajeros. Pero icaray!, cómo pude ser tan menso. Nunca faltan los desesperados que están duro y duro contra las láminas de los respaldos, mentándose la al chof y que ya vámonos... Tienen razón, la mayoría de los que llegan en la última corrida del Metro son cuates obreros que con trabajos apañan el tren y tienen que soportar a los tiras que los empujan, los insultan y hasta sus garrotazos les acomodan. Pus si a mí me tocaba lo mismo, cuando era cobrador en los Tacuba-Huixquilucan ¿cómo no los iba a entender? Y tenía que retacharme hasta acá, hambriento, desvelado. Pero pues ese día empezó el cábula:

-Ya fuímonos, chofer, que no traje tortas y me va a tocar suelo por llegar después de medianoche.

-Pus si no trais tortas, bájate y agarra coche, güey. Mucha prisa- le decía al Juanetitos, mi cobrador.

-Callen a ese guarín- gritaba otro acelerado-: todavía que uno les hace el favor subiéndose a sus mugres charchinas, la hacen de a pei-, pero el Juanetitos se portaba a la altura:

-Si quieres hacerme el favor, tráime a tu carnala, ojeís meis- y la broma se hacía en grande, con mucho cotorreo:

-Ya, comadres: al ratón se acuestan juntos.

-Con tu hermana.

-En semana Santa no come carne, y mucho menos de canchanchán de cafe.

-Vámonos, chof, que la niña quiere hacer chis.

-¿Niña? Ni la de sus ojales.

Yo trataba de no pelarlos, estaba clavado en lo de la Pescada. A güevo quería que aceptara al chilpayate que llevaba en la barriga y me negué y le dije lo del doc con el que la habían visto, pero alegaba que él le había hecho los análisis y le había diagnosticado el embarazo. Entonces argumenté lo de mis hermanas y dijo que si tanto me importaban, le aflojara una lana pa deshacerse del producto. Y andaba chingue y chingue, nomás eso le interesaba y me sonaba falsa su actitud, pa mí que nomás quería el dinero y no había tal embarazo. El Juanetitos seguía cobrando y albureándose con los pasajeros:

-¡Bajen a ese borracho de la bacina, que se vaya a recoger la basura a Ixtapalapa después del Viacrucis!

-Allá voy ir, hijito, pero a clavarte en la cruz y que te cuiden los tiras y te den tu vinagre y tu piquete en el costado y sientas lo que Chuchín Cristo cuando sufre por gente mala leche como tú, jijo de la guayaba.

-Amén.

-¡Eso, así es como Dios manda!

-Mejor mándame a tu carnala o tu tiramáiz, pinche briago.

-Por ái te va, cábula, pero pa que andes mejor. No cabe duda, esa boquita que Dios te dio nomás se abre y sale estiércol pa las macetas.

Uta, se extrañan los gritos de los acelerados. ¡Cuatro días encerrado! Parecen cuatro años. Si al menos no fuera tan puto, saldría a dar una vuelta por la terminal pa ver si alguien sabe algo. Qué gacho es todo esto me cai. Pinche Pez, por más que le decía que dinero no cargaba ni tenía modo de conseguirlo, aferrada. Aprovechaba que es menor de edá y podía echarme a la tira. Luego ese pinche doctorcito, seguro que se la anda tirando con el pretexto de espantarle a la cigüeña. Pa mí que entre los dos quieren sacarme las monedas. ¡Ay Dios mío, mis hermanas, ayúdalas pa que no pasen hambres! Han de estar preocupadísimas. Ya no aguanto este purgatorio, diosito ¿por qué me castigaste a mí de esta manera? Lo bueno es que se dan a querer con los vecinos y de hambre no se mueren.

¡Putá madre, pinches cochinos? Donde quiera avientan sus navajas de rasurar... Ya me llevé un talón... Todavía tiene filo...

Pinchi Juanetitos ¿por qué no se le ocurrirá venir a este mugre hotel? Maldita sed que tengo... Me tienen hasta la madre las chinches y el ruido que hacen las cucarachas con sus alas, corriendo pa allá y pa acá... El olorcito, ese olorcito que se escapa de la coladera del baño y esta alfombra que hace más caliente la pieza. ¿no se aburrirá ese ciego que está allá horas

y horas, a pleno sol, dale y dale a la maraca? Pero, ¿si viene el Juanetitos y lo siguen y me apañan? ¿Se volcaría completito el camión? Los pinchis patrulleros tuvieron la culpa. ¿Y si también murió el Juanetitos? ¡No, ni madres! Su esposa ya merito se aliviaba... No Diosito ¿verdá que no le pasó nada al pinche Juanetes?

¿Cómo fue, chingada madre, cómo? Por más que le doy vueltas al asunto no doy una. ¡Putá, ora ya me rebané la palma de la mano y ni cuenta me di! Pinchi navaja, todavía la hace. Siento un vacío aquí en la barriga y como un quebranto en el corazón. Qué mala pata. ¡Por qué tenía que pasarme a mi esto, por qué! Todo parecía ir bien, el Juanetitos seguía atascándole gente al camión y cotorreándola con las chavas y albureando, carajo, una noche como todas las demás y la última corrida que me tocaba.

¿Cómo fue? Sí, clarito veo: enciendo el motor, los pasajeros culeros están desesperados, quieren llegar de volada a tragar y a dormir para levantarse de madrugada y fletarse de nuevo a la chamba. Arranco, agarro el retorno y ai voy, por toda la calzada hasta llegar a la desviación. Como de costumbre, la patrulla está en lo oscuroito; le digo al Juanetes que les lleve sus veinte varos de rigor pero regresa diciendo que quieren que vaya yo, que les enseñe los documentos. Uta, me doy cuenta que todo el día he manejado sin licencia. Se me olvidó, mi jefe, pero ai le van cincuenta varos pa los refrescos. No aceptan, quieren llevarse la tarjeta de circulación. Les ofrezco cien y ni así, amenazan llevarme al corralón. Le subo a doscientos, a doscientos cincuenta y nada. Que por qué ando sin licencia, que llevo sobrecargado el carro, que no he pasado revista, que... ¡chingao! Todo en contra. Me sacan un quinientón, ¡quinientos varos les tengo que embarrar!

Me trepo, encabronado y mentándosela a los que golpean los respaldos y me chingan conque ora, métale el fierro chof que Sancho ha de estar viendo la tele y gozando mis guaraches. Se las miento, me acomodo y ai les voy, agárrense a veinte uñas. Le pedaleo con ganas. Las luces se me vienen encima, controlo a todo dar el volante pero ¡uta madre! los pinchis pasajeros jodiéndome y el merolico ése con su "un momentito, señores pasajeros: les traigo una promoción de la Editorial Testigos de Jehová para que conozcan la Verdad en el Antiguo Testamento. Aquí vienen las Buenas Nuevas, las Profecías y el Génesis y un cupón gratuito para que, por una módica suma, reciban en su hogar 'La Atalaya' y el 'Despertad!' Aprovechen esta promoción y cuádrense ante el Todopoderoso, tengan temor de Dios y Alivíaaánense, alivíánense". Como si lo estuviera oyendo, y al cábula que nunca falta: "¿Qué no trais las *Memorias de una pulga* o las *Confesiones de un sacerdote* o *Intimidades de una secretaria*?"

¡Ya extraño todo eso, ya me quiero ir a la verga! Si no hubiera sido por los pinchis tiras que me atracaron y ese merolico de los testigos de Jehová que me ponía los pelos de punta, no hubiera metido el acelerador

hasta'l fondo, todavía encabronado y más cuando me acordaba de la Pez y el pinche doc y le metía el fierro y bajan chofer, bajan. ¿Pus no querían llegar de volada? Hasta el pinche infierno van ir de volón. ¿Ya cobraste todo, Juanetitos? Pescada jija del maíz, a mí no me ve la cara... ¡No hay parada hasta la esquina; y no se cuelgue del timbre, cabrón! Todo iba bien, diosito, pero esa chingada sombra me ciscó. ¿Qué fue: una ruquita, un borracho, un perro, un ánima en pena o qué? Clarito sentí el fregadazo en la defensa, metí el freno y me quebré, fue un error quebrarme, el camión se volteaba y las viejas empezaron a gritar icafre, cafre! ¡Nos matas, cafre jijo de la chingada! Rocé un poste, chirriaron los cables de alta tensión, el pedal del freno se fue hasta'l fondo y nada, les había dicho a los de la línea que me dieron una lana iay, diosito! pal líquido de los frenos, pero nunca quisieron... y me trepé al camellón y trataba de frenar con el motor pero nada y mejor le grité a Juanetitos que brincara porque el camión iba sin frenos... Me fui un rato sobre el camellón, culebreando pa no volcarme y tratando de hacer los cambios de velocidad pero ya iba llegando al canal del desagüe y los gritos aumentaban, creo que algunos se brincaron por las ventanillas y el bordo estaba ya cerquita y sentí cómo iba subiendo el terraplén, no había por dónde seguir y dije ai nos vemos, a la verga: solté el volante y brinqué, le di un codazo en pleno hocido a un güey que trató de apañarme y córrele... Me madrié los codos y la panza y corrí y corrí como veinte calles y paré en una esquina todo sofocado y sudoroso y con el corazón y los güevos en la boca y ya no sé ¡Dios mío!, ya no sé qué pasó y es la duda que me trae de un ala y icaray! todavía traigo la navaja en las manos... Tan fácil que sería acabar con este tormento... ¡Diosito, dame valor!... Pero mis carnalas... No les gustaría verme en el tambo... Ni a mí... Pinchi navaja, todavía tiene un chingo de filo... Ay Diosito, dame valor, ponme los güevos en su lugar y dime qué hago, qué hago... Pinchi navaja, hasta parece que me hace ojitos con el brillo de su filo...

